

## **“LA BATALLA DE LOS ARAPILES” Y SU SIGNIFICADO EN LOS EPISODIOS NACIONALES**

**Sebastián de la Nuez**  
*Universidad de La Laguna*

### **ABSTRACT**

This is a study of the Spanish War for Independence (1808-1812) from a historical and literary point of view. On the one hand it analyzes Galdós' attitude towards the historical events occurring before and during this famous battle which marks the beginning of the expulsion of the French from Spain by the allied army comprised of English, Spanish and Portuguese soldiers under the command of General Wellington; and on the other hand the heroic and ethical behaviour of the main character in the novel, Gabriel Araceli, a symbol of the Spanish people in their struggle for independence, giving them a new feeling of nationalism and recovering the Spanish honour by means of sacrifice and will power.

Los lectores de los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós saben muy bien que en la primera serie se narra la historia novelada de los más importantes hechos que se inician en Trafalgar y terminan en la Batalla de los Arapiles y que éstos son los títulos del primero y el último de los *Episodios* de dicha serie. La historia marca, con esta última batalla, la culminación de la Guerra de la independencia española en lucha contra los ejércitos de Napoleón. Como fundamento del episodio novelesco que vamos a comentar tenemos los acontecimientos históricos siguientes: Después de algunas idas y venidas por tierras de Portugal el general inglés Lord Wellington, al mando del ejército aliado, compuesto sobre todo de

ingleses y en menor número de españoles y portugueses, ayudado sin embargo por Carlos España (futuro general carlista) y por don Julián Sánchez (veterano guerrillero), pone sitio a las plazas de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, en poder de los franceses, que se rinden después de una heroica resistencia el 19 de enero y el 6 de abril de 1812, respectivamente. Después, con su característica prudencia, retorna a sus cuarteles de Fresneda y Fuenteguinaldo, situados entre los ríos Agueda y Coca de Salamanca y Segovia. Poco tiempo más tarde, enterado de la situación y pertrechos de los franceses, decide el asalto de los fortines de la vieja ciudad del Tormes, que tomó después de sufrir no pocas bajas entre sus tropas. (Por cierto que Galdós, a través de su narrador-protagonista, juzga esta acción como un error y un sacrificio innecesario)<sup>1</sup>. Durante cierto tiempo las tropas aliadas y las francesas lo pasaron observándose. El ejército francés, mandado por el general Marmont, se retiró hacia el norte, en dirección a Tordesillas y después a Toro; mas el general Wellington, que había conocido todos estos movimientos, no quiso seguirles, y le esperó cerca de un pueblecito llamado Los Arapiles, entre Calvarrasa de Arriba y de Abajo, donde, al fin, se trabó la batalla el 22 de julio, derrochándose valor, heroicidad y hombres, por ambas partes, venciendo el ejército aliado, que condujo, de victoria en victoria, a Wellington hasta el final de la guerra, en la que los franceses fueron expulsados de España, en el mismo año de 1812.

Raymond Carr opina, en su magnífico ensayo histórico, *España, 1808-1939*, que la Guerra de la Independencia “para una generación de románticos europeos creó una imagen de una nación *sui generis*, de una fuerza natural no contaminada por Europa, imagen consagrada por el mayor escritor de la España del siglo XIX, el novelista Galdós”<sup>2</sup>. Y aún creemos que para más de una generación, pues la frase “España es diferente”, puede ser una derivación de la misma idea más o menos folklórica de pueblo pintoresco, violento y contradictorio, que ha tenido sus típicas representaciones literarias en Europa.

El mismo historiador señala que el “torpe desprecio de Wellington por el esfuerzo bélico español es tan injustificable como el alegato español de que los ingleses sólo se dedicaban al saqueo”<sup>3</sup>. En su Episodio Galdós trata, sin duda, de borrar estas impresiones, y de presentar al héroe de los Arapiles con las mejores tintas, pues no en vano nuestro novelista era un admirador de la progresista y poderosa Inglaterra y de sus grandes hombres. No repara en elogios tanto para describir la figura del general inglés como en narrar sus hechos y sus títulos. He aquí un favorable retrato de su figura física y espiritual: “El sol de la India y el de España había alterado la blancura de su color sajón. Era la nariz un poco bermellada; la frente resguardada de los rayos del sol por el sombrero, conservaba su blancura y era hermosa y serena como la de una estatua griega, revelando un pensa-

miento sin agitación y sin fiebre, una imaginación encadenada y gran facultad de ponderación y de cálculo... Los grandes ojos azules del general miraban con frialdad, posándose vagamente sobre el objeto observado, y observan sin aparente interés..." (pp. 62-63). Por otra parte el mismo historiador dice que "Wellington, como comandante en jefe no quiso colaborar con los generales españoles..." y "se resistía a considerar a las tropas españolas como un instrumento con el que podía contarse en la batalla"<sup>4</sup>. Sin duda don Benito, que sabía algo de esto, puso empeño en demostrar que si las tropas o los generales españoles no eran eficaces en la estrategia y en la disciplina militar, sí lo eran a nivel individual o personal. Para ello utiliza al héroe novelesco de toda la primera serie de los Episodios, Gabriel Araceli, el joven que desde las capas más inferiores del pueblo ascendió a todos los grados, sólo por su valentía y su integridad moral. En una emocionante escena en que según Hans Hinterhauser "es llamado por Wellington, el cual le confía una misión militar"<sup>5</sup>, (cosa que no es exacta, pues Gabriel no es llamado, sino que se presenta voluntariamente y tampoco se le encarga una misión militar sino de espionaje). Nuestro héroe expone su impresionante hoja de servicios hasta el momento que se cruza con el héroe histórico. Cuando éste le pregunta al joven dónde había comenzado su vida militar y al ser pronunciada la palabra Trafalgar toda la oficialidad inglesa se estremeció de emoción, momento que refleja muy bien Galdós cuando escribe: "Cuando esta histórica y grandiosa palabra resonó en la sala en medio del general silencio, todas las cabezas de las personas allí presentes se movieron como si pertenecieran a un solo cuerpo, y todos los ojos fijáronse en mí con sumo interés" (p. 64). Y así sigue enumerando fechas y hechos: el 2 de mayo de 1808, Bailén, jornada del 3 de diciembre en Madrid, el segundo sitio de Zaragoza (19 de diciembre al 12 de febrero de 1809), batalla de Tamames, sitio de Cádiz, expedición de Blake a Valencia y acciones guerrilleras con el Empecinado. A la vista de tan grande ejecutoria guerrera Araceli es aceptado para realizar una peligrosa misión de espionaje en Salamanca, a pesar de no ser oficial con estudios académicos. Obsérvese como Gabriel que, había recusado hacer oficio de espía con Amaranta, su rica amiga, por motivos de honor (*Corte de Carlos IV*), no sólo lo acepta ahora, sino que lo solicita, por doble motivo: por ayudar a los aliados en su lucha contra los franceses (motivo histórico) y por liberar a su amada (motivo novelesco). Por otra parte Galdós ha querido subrayar que su héroe no tenía conocimientos facultativos como le dice el general español Carlos España a Wellington, cuando le recuerda el origen humilde de su protagonista. Ya Casaldüero comenta que "Al imaginar la figura de Araceli lo que quiere Galdós es trazar la redención del pícaro. Esta es la razón de que la base de toda la novela se encuentra en *La Corte de Carlos IV*, donde Araceli, que ya había descubierto el sen-

timiento de la patria (*Trafalgar*) y había indicado su aparente semejanza con Pablos, el buscón, descubre el sentimiento del honor". Pero el honor que encarna Araceli no es el del caballero barroco, sino, como dice el mismo investigador, es "el honor burgués, racionalista, kantiano, el imperativo del deber..."<sup>6</sup>. Este sentimiento del honor vuelve a aparecer en *La batalla de los Arapiles*, en el episodio de miss Fly, cuando se pone en entredicho su comportamiento con ella y también con el honor del soldado que cumple con su deber hasta el sacrificio, cuando se lanza a la lucha deseando morir por el honor de Gran Bretaña, supuestamente deshonrada por él en la dama inglesa.

El mismo Casaldueiro vuelve a insistir, en un ensayo, en el tema del honor y del deber, porque considera un hallazgo genial de Galdós, al descubrir en ello "el sentimiento moderno de la Patria", pues como él dice: "El protagonista salido del pueblo va descubriendo, paso a paso y vitalmente cómo a la Patria no sólo se la ama ofreciéndole la vida, el amor tiene que consistir ante todo en servirla y en cumplir con su deber". Pero es que este deber sólo es posible gracias al sentimiento del honor, que, según el mismo crítico, Galdós quiere situar "en el plano de la conciencia individual; hacer de él un íntimo sentimiento de moral verdadera, una fuente de vida y de conducta recta"<sup>7</sup>. Bajo este supuesto se realizan todas las acciones de Gabriel Araceli: en el transcurso de los distintos Episodios, en el amor (Inés), en la amistad (Los Montoya), en defensa de la mujer deshonrada (Lord Gray), en la fidelidad y las tentaciones (Miss Fly), en sus diversas actividades de la guerra, que desde Trafalgar culmina en los Arapiles. Sin embargo, Antonio Regalado García ve en estos sentimientos una propiedad porque "Araceli narra los hechos en su vejez con una perspectiva coetánea a la publicación de los *Episodios* (1873-75) y una mentalidad correspondiente a esa época". De ello deduce que "La mediocre modelación del héroe está hecha, sin duda, para las personas "decentes" del nuevo mundo de la Restauración... Creó para ello un héroe ideal que los llamaba a la moderación, al orden, al sentimiento patrio, al del honor, a la búsqueda de la verdad"<sup>8</sup>. Creo que este juicio está hecho muy ligeramente, ya que Galdós escribía sin pensar concretamente en un público, sino en todos los españoles capaces de entenderlo, llevado por su afán patriótico de buscar los orígenes de la España de su época, y al mismo tiempo de buscar una solución a los problemas creados a consecuencia de la Guerra de la Independencia (las guerras civiles, los levantamientos militares, las revueltas populares, las guerras coloniales, etc.), y esta solución, según su criterio, no podía estar sino en los sentimientos más fuertes de la moral burguesa (que con estos Episodios el escritor pretendía estimular), porque consideraba que esta clase social era la llamada a dar contenido a la Revolución, a la República o a la Restauración y a lograr una paz duradera,

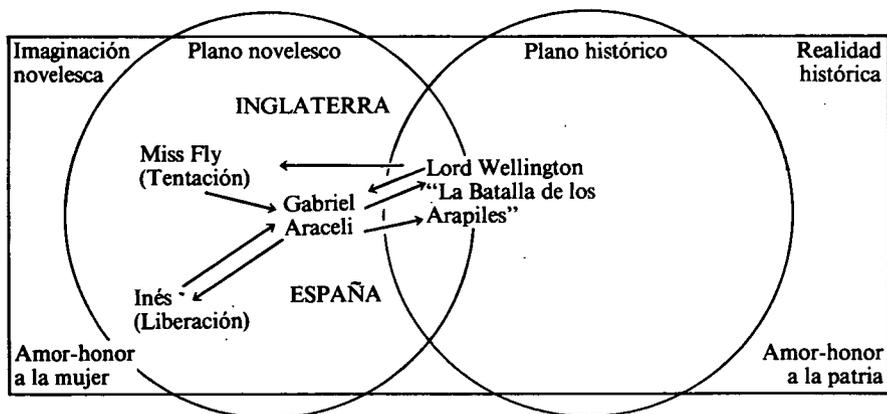
para ponerse, dentro de un orden liberal, a la altura de Europa. Aquí está acaso explicada la admiración de Galdós por el general Wellington, como representante de esa Europa del futuro, y no porque viera en él, como dice Regalado García “un anticipo de la obra restauradora de 1874-75”, por tener ésta su origen en un golpe militar.

Conocidos, pues, ya los planos histórico y novelesco, en su contenido ideológico, vamos a ver cómo se conexionan estos planos en la estructura concreta del Episodio de *La Batalla de los Arapiles*.

A) El tema de los amores de Gabriel Araceli con Inés y su búsqueda en Salamanca, donde está “secuestrada” por su padre, el masón y afrancesado Santorcaz, tema constante en la primera serie de los Episodios desde *La Corte de Carlos IV*, que aparece, en este último episodio, junto al tema de la audaz y libre dama inglesa Miss Fly. El primero podría representar la vertiente española del amor constante, basado en la fidelidad y en la honestidad, que sí puede corresponder al ideal de la burguesía no sólo de la época de la Restauración sino desde principios de siglo, y el segundo sería la expresión del amor desde la libertad inglesa, apasionado, aventurero y romántico como corresponde al momento que se historia. En este Episodio encontramos múltiples momentos en que se manifiesta la naturaleza de estos amores. Acaso el culminante sea hacia el final, cuando Araceli es recogido casi moribundo en el campo de batalla por miss Fly, y ésta le revela su historia novelesca (las relaciones del desaparecido Lord Gray con su familia), su admiración, su concepto del caballero y del héroe español (de las gestas y los romances), y finalmente también su amor, aunque el concepto del honor (el puritanismo inglés) cuando le dice a Gabriel, al despertar de su inconsciencia: “No juzguéis mi atrevimiento con criterio vulgar, creyendo que faltó al decoro, a las conveniencias y al pudor diciendo a un hombre que le amo. Yo, al mismo tiempo soy pura como los ángeles y libre como el aire. Los necios que me rodean podrán calumniarme y calumniaros; pero no mancharán mi honra, como no la mancha un amor ideal y celeste al pasar del pensamiento a la palabra...” (p. 228). Pero Gabriel Araceli, el héroe amado y admirado, es un caballero, pero ahora no ya burgués, sino barroco, confiesa a la joven inglesa, que no quiere sino a su Inés con estas románticas palabras: “La adoro, la he adorado toda mi vida. Hace tiempo que mi existencia y la suya están enlazadas como si fueran una sola. Mis alegrías son sus alegrías, y sus penas son mis penas. ¿En dónde está? Si ha desaparecido otra vez, señora Athenais de mi alma, juro a usted que todos los romances de Bernardo, del Cid, de Lanzarote y de Celindos, me parecerían pocos para buscarla”. (p. 231)

Siguiendo el esquema establecido por Luckacs, de que puede haber dos estructuras de la novela histórica, o “creando un personaje imaginario o escogiendo para la novela un personaje histórico de segunda fila, el es-

critor trata de respetar la Historia sin anovelarla; trata también de salvaguardar la novela”<sup>9</sup>. Pero, como interpreta Juan Ignacio Ferreras, “puede ocurrir en el campo de la novela histórica que el autor escoja para su creación, un auténtico personaje histórico, homologable y conocido, y cree alrededor del mismo, todo el universo histórico...”<sup>10</sup>. De ambos tipos de novela participa la primera serie de los Episodios Nacionales, y concretamente en La Batalla de los Arapiles, vemos por un lado el personaje imaginado Gabriel Araceli y el personaje histórico Lord Wellington, en torno a los cuales Galdós crea unos círculos, donde se respeta la historia y al mismo tiempo da autonomía a la ficción novelesca. Efectivamente, como ve Ferreras, “En el último episodio de la primera serie intenta los dos planos que estructuran el nuevo tipo de novela-histórica, la creación del personaje femenino de Miss Fly, ha de corresponder a la tentación inglesa, al amor inglés que se ofrece al protagonista o a España, por medio de miss Fly o por medio de Wellington”<sup>11</sup>. Pero también, junto al tema de Inés, puede ser el puente de enlace entre el plano novelesco y el histórico, entre el personaje imaginado y el real histórico, que además de tentación inglesa realiza función simbólica del amor-honor a la mujer, que se resuelve por el amor-honor a la patria, por lo que se establece un paralelismo entre la liberación de Inés y de España, a la vez que un paralelismo entre la inglesa y la española. Todo ello lo intentamos reflejar en el esquema siguiente:



B) Lo constituye el plano histórico novelado en torno a la concreta Batalla de los Arapiles, cuyo resumen histórico hemos apuntado al princi-

pio de este trabajo. Pero este hecho, tanto a nivel de la novela como de la historia, no se explica sin la trayectoria de los acontecimientos bélicos historiados novelescamente a través del protagonista único Gabriel Araceli. Joaquín Casalduero explica muy bien que “el romanticismo literario, que no pudo florecer hasta la muerte de Fernando VII, fue precedido de la acción romántica, la Guerra de la Independencia, que significa sentimiento de la patria, sentimiento popular que une a los españoles, para unos sentimientos de tradición, para otros, de la revolución”<sup>12</sup>. Araceli será el “héroe medio” de Luckacs (personaje imaginado) que sin tradición y revolución, sino por su particular experiencia y patriotismo, evoluciona y progresa dentro de las normas éticas sociales burguesas. En cada uno de los Episodios de la primera serie, donde se describen las batallas, se va marcando ese camino de la superación personal y la libertad de la patria, donde el héroe novelesco experimenta los sentimientos que van formando su personalidad, que representan, en resumen, las virtudes y sentimientos del pueblo español en aquel momento histórico visto sesenta años más tarde. Como ha explicado lúcidamente Casalduero “Gabriel Araceli había descubierto el sentimiento de la patria luchando contra los ingleses en Trafalgar” y “en Arapiles, luchando al lado de los ingleses, descubre un nuevo sentimiento de la patria: a la patria no sólo se la ama, sino que se la sirve cumpliendo estrictamente con su obligación. La patria no es únicamente la tierra en que se nace, es también un Estado organizado que une a todos los hombres en un lazo de disciplina y deber”<sup>13</sup>. Pensamos que no sólo en estos Episodios se presenta la idea de la patria, sino que en toda la primera serie puede concebirse como la trayectoria del sentimiento de la patria, como suelo donde se nace, donde se sufre y donde se ama; donde se sirven a los ideales, como le ocurre a nuestro héroe que va aprendiendo, a cada momento, el mejor modo de servir a la patria, en la corte, en las calles, en los campos de batalla, en los sitios, con los guerrilleros o con el ejército, hasta llegar al sacrificio de su propia persona, como hace el 2 de mayo de 1808 en Madrid, entre las masas populares y el 22 de Julio de 1812, entre el ejército aliado en los Arapiles. En *Bailén* vemos por primera vez —en contraposición con las revueltas patrióticas de Madrid— como dice Casalduero, al Estado organizado, el ejército triunfando sobre el enemigo. En *Zaragoza*, además, como afirma el mismo crítico, o en *Gerona* hay “un ideal contra el extranjero” está la resistencia nacional del pueblo y el ejército unidos contra el invasor y añade “lo que atrae es ver al español con la firme voluntad de ser, teniendo un objetivo, sometiéndose a una disciplina, organizándose, mostrando un espíritu colectivo de sacrificio”<sup>14</sup>. Efectivamente Casalduero afirma que Galdós, en *Juan Martín el Empeinado* reconoce el valor de los guerrilleros, “mas al mismo nivel que se alzaba a los guerrilleros se rebaja al Estado”. Sí allí “narró las hazañas de los gue-

rrilleros, e inmediatamente, en *La batalla de los Arapiles*, presenta al ejército inglés bajo el mando de Wellington. Al arrojo del individuo opone la fuerza responsable y organizada del Estado"... "Todos los soldados confían en el hombre que los dirige, muestran su superioridad al obedecer con exactitud las órdenes, tanto cuando se les manda permanecer en su puesto como cuando se les lleva al combate"<sup>15</sup>. Gabriel Araceli se nos presenta en este terreno también como ejemplo de ese ejército que, al serle encomendada una misión guerrera, hace un panegírico del general inglés, que sin duda haría el mismo Galdós, cuando dice: "El hombre más grande de Gran Bretaña, el rival de Bonaparte, la esperanza de Europa, el vencedor de Talavera, de la Albuera, de Arroyo Molinos y de Ciudad Rodrigo, levantose de su asiento, y con una grave cortesanía y cordialidad, que inundó mi alma de orgullo y alegría, diome la mano, que estreché con gratitud entre las mías" (p. 66). Pero Gabriel ha sido guerrillero y soldado del ejército español, y tiene las mismas virtudes y defectos de ambos. Es el prototipo del "héroe medio" que por falta de disciplina y de conocimientos estratégicos desprecia el general inglés, mas Galdós deja bien claro, a través del símbolo, que Gabriel, el soldado y el caballero, sirve no al inglés (miss Fly) sino a España (Inés).

C) En la presentación novelesca de la batalla de los Arapiles no vamos a analizar aquí las posibles fuentes donde se inspiró Galdós para relatar los preliminares y el desarrollo de tan importante combate, pues de nada servirían para nuestro objetivo, ya que no es la procedencia o la exactitud de los hechos narrados lo que nos interesa, sino el cómo y la forma de la descripción literaria.

En primer lugar observamos que, en los capítulos XXIV al XXIX, los acontecimientos históricos se mezclan con el episodio de la visita de Gabriel a Salamanca en la misión militar secreta y la búsqueda de la amada. Terminada la misión nuestro héroe le comunica a Wellington, que estaba en su cuartel general de Berny, el estado de las fortificaciones realizadas por los franceses en aquella ciudad. Ya hemos visto cómo derrochó esfuerzo y soldados para apoderarse de los fuertes construidos en los conventos de San Vicente y San Cayetano, que al fin cayeron con la llegada de la artillería inglesa. Sobre el plano esquemático presentado (I), se puede ver cómo se desarrollan las acciones posteriores a la toma de Salamanca hasta la celebración de la gran batalla. Así escribe el autor-protagonista: Marmont "quiso pasar el río para distraer fuerzas a la izquierda del Tormes. Le vimos correr a nuestra derecha, hacia Huerta, y al punto recibimos orden de ocupar Aldealuenga. Como los franceses cruzaron el Tormes, lo pasó también el general Graham, y en vista de ello, Marmont considerando que no tenía bastantes fuerzas, careciendo principalmente de caballería no osaba empeñar ninguna acción formal" (p. 159). Desde este

momento los aliados persiguieron a las tropas francesas que rehusaban el combate, pues como sigue diciendo Araceli: "Era la mañana del 28 de junio cuando nos encontrábamos cerca de Sanmorales, en el camino de Valladolid. Según nos dijeron, la retaguardia enemiga y su impedimento había salido de dicho lugar pocas horas antes..." "Pusieronse al frente de la división el conde de España y don Julián Sánchez con sus intrépidos guerrilleros...". Siguieron luego hasta Babilafuente (donde Araceli encuentra a Santorcaz y a los masones que acompañaban a Inés), y continúan hasta Villorio, pueblos que los franceses habían arrasado y quemado, y lo mismo ocurre en Villoruela, Riobobos y Huerta. Después nuestro héroe cuenta cómo siguieron persiguiendo a los franceses, que no pararon hasta pasar el Duero por Tordesillas, extendiéndose hasta Simancas. Allí reforzó Marmont su ejército con la división de Bonnet y nosotros le aguardábamos en la orilla izquierda vigilando sus movimientos" (p. 191). El ejército aliado, mientras tanto, estaba aguardando a ver si Marmont se decidía a pasar el Duero para atacar al cuartel general de los ingleses que están en La Seca; pero en vez de esto el general francés con su ejército pasó a la provincia de Zamora y llegó hasta Toro, para bajar otra vez hacia los límites de Valladolid y Salamanca hasta Guareña, y volver por la ruta de las ruinas de los pueblos de Babilafuente y Villorio. Paralelamente a estas marchas y contramarchas de los ejércitos franceses y aliados se desarrollaba la novelesca aventura de miss Fly y el oficial Gabriel Araceli, pues, según dice éste la inglesita "me había honrado no pocas veces con su encantadora palabra durante los viajes a Tordesillas, a la Nava y al Guareña" (p. 192).

Mas el encuentro decisivo se acercaba, y los ejércitos empezaron a tomar posiciones. He aquí como lo cuenta el protagonista de la novela: "El 21 (Julio) por la tarde pasamos el Tormes, los unos por el puente de Salamanca, los otros por los vados inmediatos. Los franceses, según todas las conjeturas, habían pasado el mismo río por Alba de Tormes, se encontraban al parecer en los bosques que hay más allá de Calvarrasa de Arriba. Formamos nosotros una no muy extensa línea cuya izquierda se apoyaba junto al vado de Santa María y la derecha en Arapil Chico, junto al camino de Madrid. Una pequeña división inglesa con algunas tropas ligeras ocupaba el lugar de Calvarrasa (o Cavarrasa como escribe Galdós) de Abajo, punto al más avanzado de la línea anglo-hispano-portuguesa" (p. 195) (II, 1ª). Por lo demás, como se apunta en el *Episodio*, Carlos España ocupa el lugar de las Torres "en la extrema derecha de la línea, más bien para observar al enemigo que para atacarle... El general Picton y el portugués d'Urban parece que están encargados de guardar el paso del Tormes... No falta más que ocupar el Arapil grande" (p. 199). Esta misión se la encomienda Wellington al "brigada Pack" con sus fuerzas escocesas, a

las que se une Gabriel Araceli, impulsado por su honor y su orgullo herido por las sospechas del generalísimo del ejército aliado.

Araceli, en la víspera de la gran batalla, se despide así, de su admirada condesa Amaranta, con palabras de evocación shakesperiana: "Es posible que no nos veamos más... Estamos en un campo de batalla ¿Distingue usted aquellos encinares, que hay hacia abajo? Pues allí detrás están los franceses. ¡Cuarenta y siete mil hombres, señora! Mañana este sitio estará cubierto de cadáveres. Dirija usted la vista por estos contornos. ¿Ve usted esa juventud de tres naciones? ¿Cuántos de estos tendrán vida mañana?" (p. 197).

Entre los capítulos XXX y XXXIII de este Episodio nacional se desarrollan las distintas fases de esta batalla, sobre el cuadrilátero formado al Norte por Calvarrasa de Abajo, al Sur por Calvarrasa de Arriba, al Oeste por los montículos de Arapil Chico y al Este por Arapil Grande. Así lo evoca el narrador-protagonista que va a ser uno de sus arriesgados escaladores: "¡El Arapil Grande! Era la mayor de aquellas dos esfinges de tierra, levantadas la una frente a la otra, mirándose y mirándonos. Entre las dos debía desarrollarse el día siguiente uno de los más sangrientos dramas del siglo, el verdadero prefacio de Waterloo, donde sonaron por última vez las trompas de la *Iliada* del Imperio" (pp. 199-200).

Comienza la acción "con las primeras luces del alba" del día 22 de julio, poniéndose en marcha las tropas escocesas mandadas por el coronel Pack, cuyo objetivo era coronar las cimas de Arapil Grande, tomando primero, por asalto, la ermita de Santa María de la Peña, pero se encontraron con una tremenda resistencia, hasta que se retiró la segunda columna francesa. Pero pronto llegaron refuerzos desde los bosques frente a Calvarrasa de Arriba, y entonces los ingleses tuvieron que pasar a la defensiva después de sufrir numerosas bajas. He aquí como describe nuestro narrador este tremendo momento de la lucha: "Yo había visto cosas admirables en soldados españoles y franceses, tratándose de atacar, pero no había visto a los ingleses tratando de resistir. Yo no había visto que las columnas se dejaran acuchillar..." "Repetidas veces rechazaron a los franceses haciéndolos correr mucho más allá de la ermita" (p. 205). Pero nuevas oleadas de tropas imperiales venían en ayuda de los que ocupaban la cima de Arapil Grande, y por más que los ingleses mandaban también refuerzos de Arapil Chico no eran suficientes. "El combate —sigue diciendo— se suspendía y se trababa en cortos intervalos. No retrocedíamos ni una línea, pero tampoco avanzábamos, y habíamos abandonado el patio de la ermita por ser imposible sostenerse allí". Mas en realidad se trataba de una estrategia cruel de los dos generales enemigos, pues "ni Wellington ni Marmont querían aparentar gran deseo de ocupar el Arapil Grande, por lo mismo que uno y otro consideraban aquella posesión como la clave de la batalla"

(p. 206). Así, pues, el general de los aliados “colocó bastantes tropas en la derecha del Tormes para hacer creer que allí quería poner todo el interés de la batalla. En tanto tenía dispuestas fuerzas enormes para un caso de apuro en el gran cerro”. Y comenta Araceli con amargura “ese caso de apuro, según el no había llegado todavía, ni llegaría, mientras hubiera carne viva en Santa María de la Peña” (p. 206). Por fin esta estrategia dio su resultado, y todo cambia de repente: “Una formidable masa de franceses se extendía hacia el Tormes, dejando un claro bastante entre ella y Calvarrasa”. (II, 2ª) Pronto el ejército aliado se puso en movimiento obedeciendo al plan trazado por Wellington: que “era precipitar el centro contra el claro de la línea enemiga y al mismo tiempo arrojar sobre el Arapil Grande toda la fuerza de la derecha, que hasta entonces había permanecido en el llano en actitud expectante” (p. 207-208). Así producen las dos acciones decisivas de la batalla: al mismo tiempo que “la tercera división, mandada por el mayor general Pakenham, la caballería del general d’Urban y los dragones del décimocuarto regimiento, que iba en cuatro columnas a envolver la izquierda del enemigo en la famosa altura” (p. 208), “la brigada del general Bradford, la de Cole y la caballería Stapleton Cotton, marchaban en otra dirección contra el enemigo” (pp. 208-209), quedando en la reserva la división española mandada por Hope. Sin embargo la conquista de la cumbre de Arapil Grande, aun con la ayuda de d’Urban y de Leith, resultó difícil y terrible. Estos instantes son descritos por Galdós, por mano del protagonista con impresionante realismo en los detalles, en los actos heroicos y en los estratégicos del tremendo combate. “Los franceses, —dice— reposados, satisfechos y seguros de su posición nos abrasaban a fuego certero y nos recibían a bayoneta limpia. A veces una columna nuestra lograba, con su constancia abrumadora, abrirse paso por encima de los cadáveres de los enemigos” (p. 211). Y más adelante: “Entre mil muertos se conquistaba el terreno palmo a palmo, y una vez que se dominaba, se sostenía con encarnizamiento el pedazo de tierra necesario para poner los pies”... “Mas al fin llegó un momento terrible;... en que las columnas subían y morían; en que la mucha gente que se lanzaba por aquel talud, destrozada, abrasada, diezmada, sintiéndose mermar a cada paso, entendió que sus esfuerzos no traían gran ventaja... Era imposible, de todo punto imposible, seguir subiendo” (p. 212)... “Así se fue cediendo lentamente parte del terreno, hasta que los imperiales dejaron de atacarnos” (p. 213).

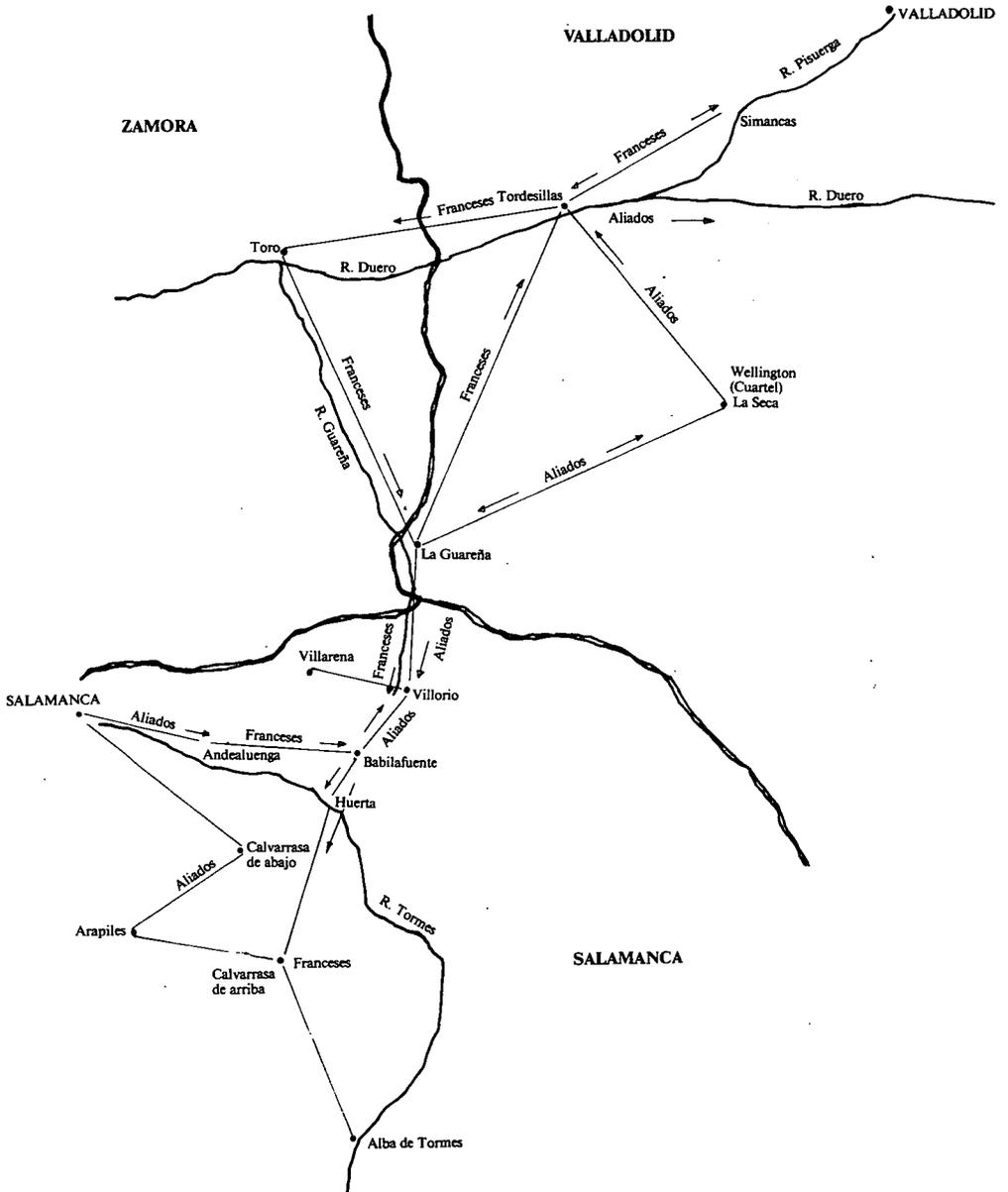
Mas en el llano “el general Cole destrozaba el centro francés. La caballería de Stapleton Cotton, penetrando por entre las descompuestas filas, daba una de las cargas más brillantes, más sublimes, y al mismo tiempo más horrorosas que pueden verse” (p. 213). Mientras tanto los franceses “creyendo que poseer la aldea de los Arapiles” era importante toma-

ron briosamente los primeros edificios y los defendieron con bravura” (p. 214). Momento que fue aprovechado por la caballería de Cotton para penetrar “como un gran puñal en el corazón del ejército imperial; vióse el gran cuerpo partido en dos, crujiendo y estallando al violento roce de la poderosa cuña”... “Gimieron con espanto los batallones enemigos. Corrió Marmont a poner orden y una bala de cañón le quitó el brazo derecho. Corrió luego Bonnet a sustituirle y cayó también. Ferey, Thomières y Desgraviers, generales ilustres, perecieron con millares de soldados” (p. 214). Aprovechando la nueva situación, se volvieron a reunir las fuerzas inglesas de Leith, Spry y Pack, para la definitiva conquista del Arapil Grande, pues la situación del enemigo era mucho menos favorable. “Packenham, después de rechazarlos del pueblo, les apretaba bastante por la falda del cerro...” De nuevo se traba la tremenda batalla, los franceses contratacan con furia como relata muy gráficamente nuestro héroe de ficción: “Los dos ejércitos se clavaban mutuamente las uñas desgarrándose. Arroyos de sangre surcaban el suelo. Los cuerpos que caían eran a veces el principal obstáculo para avanzar; a ratos se interrumpían aquéllos al modo de abrazos de muerte y cada cual se retiraba un poco hacia atrás a fin de cobrar nueva fuerza para una nueva embestida” (pp. 216-217). Con la llegada de la división de Clinton con tropas de reserva frescas y sin cansancio deciden la victoria a favor de los aliados, pues los franceses empezaron a “replegarse sin dejar de hacer fuego muy vivo” (p. 217). Al fin “los regimientos ingleses; que en distintos puntos ocupaban la pendiente, avanzaron hacia arriba con calma, sin precipitación...” hasta que ocuparon la cumbre, que “era una extensión irregular y vasta...” “Inmenso número de soldados cabían en ella, pero venía la noche, el centro del ejército enemigo estaba derrotado, su izquierda hacia el Tormes también, de modo que le era imposible defender la disputada altura. Francia empezaba a retirarse, y la batalla estaba ganada” (p. 217).

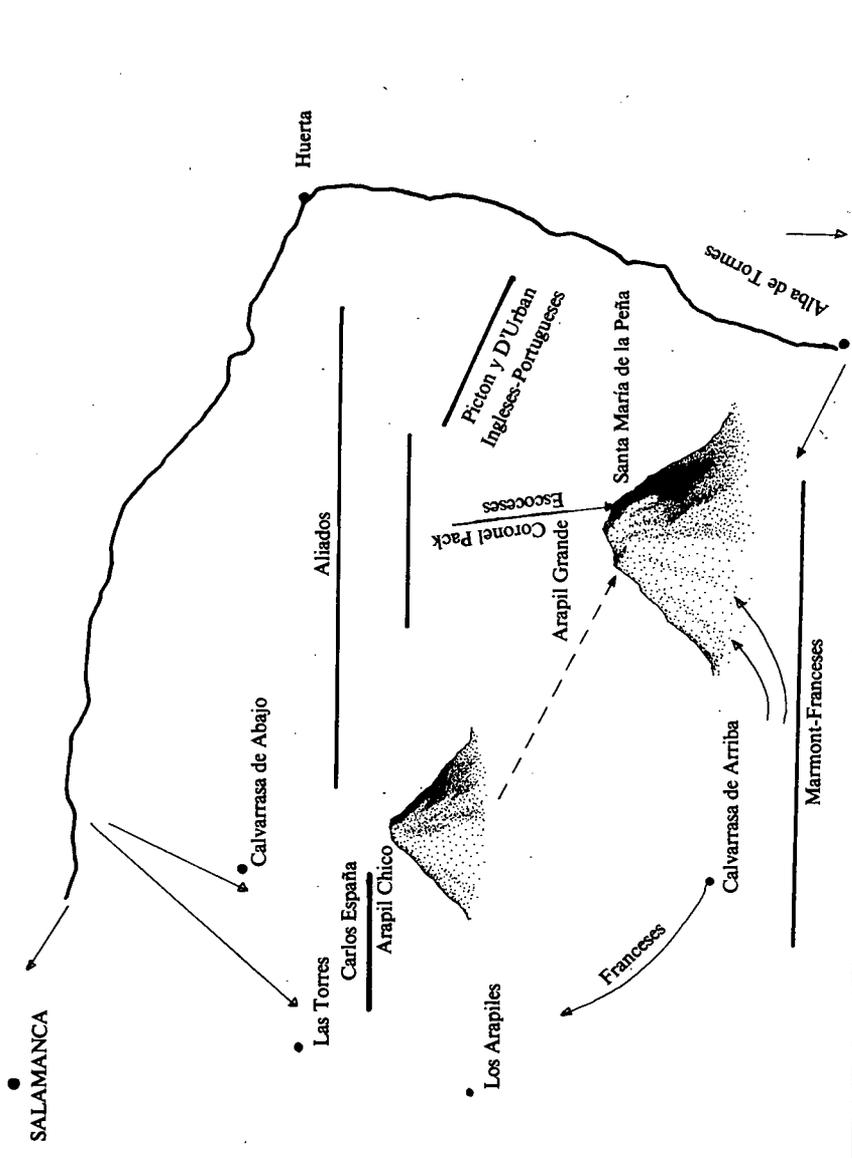
En resumen podemos decir que el Episodio representado por *La batalla de los Arapiles* puede simbolizar la victoria del pueblo español, representado en el joven Gabriel Araceli, que logra redimirse de su pobreza y degradación, conociendo a través del amor y el honor, el sentido de la patria como sacrificio, por medio de su amor a España. Casaldueiro, uno de los mejores intérpretes de la obra de Galdós, dice de nuestro héroe que “el cumplimiento del deber, su rectitud de conciencia y el amor le hacen triunfar en la vida. Es el éxito de la bondad y el bien proyectado sobre el fondo histórico-social de España” en un momento concreto. La tenacidad, la organización de los ingleses, junto al arrojo, el honor y espíritu de sacrificio de los españoles son los que conducen al triunfo final a los aliados sobre el poder, el orgullo y la fuerza bruta de los franceses. El citado historiador inglés Raymond Carr hace un juicio equilibrado de las fuerzas que

lograron la victoria final sobre Napoleón. “España —escribe— hubiera sido abatida sin la fuerza expedicionaria de Wellington, y Wellington no hubiera podido actuar con un ejército pequeño sin los efectos de diversión de la resistencia española”. Sin duda, pues, *La batalla de los Arapiles*, tanto por su estructura equilibrada entre lo histórico-social y la ficción novelesca, como por su simbología y su “héroe medio”, que representa la doble vertiente del caballero ante la mujer y el honor, y ante la patria, es uno de los *Episodios* más significativos y acertados de la primera serie.

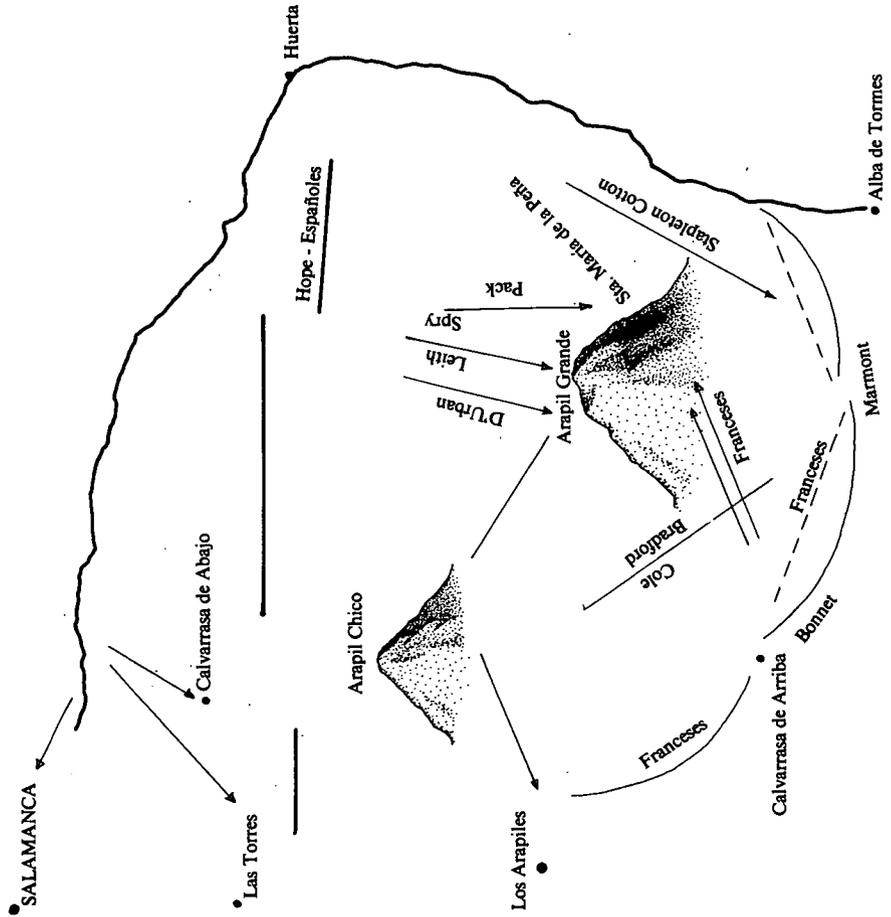
### I. Plano de los preliminares de la Batalla de los Arapiles



## II.1ª Plano de la 1ª fase de la batalla de los Arapiles



### II.2ª Plano de la 2ª fase de la batalla de los Arapiles



Notas

1. Véase *La Batalla de los Arapiles*, ed. Alianza-Hernando, Madrid, 1976, pp. 158-59.
2. Vid. ed. española, Ed. Ariel, Madrid 1968, p. 113.
3. Ob. cit. p. 115.
4. Idem., cf. 115.
5. Véase *Los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, Ed. Gredos, Madrid 1963, p. 235.
6. Véase *Vida y obra de Galdós*, Ed. Gredos, Madrid 1951, p. 59.
7. "Los Episodios Nacionales dentro de la unidad de la obra galdosiana", Congreso internacional galdosiano", Eds. Cabildo Insular de Las Palmas, 1977, p. 137.
8. Véase *Benito Pérez Galdós y la Novela histórica española*, ed. Insula, 1966, p. 28.
9. Véase "Una estructura galdosiana de la novela histórica". Congreso internacional galdosiano", I, 1972, p. 119.
10. Ibidem, ob. cit. p. 120.
11. Ibidem, ob. cit. p. 122.
12. Véase *Vida y obra de Galdós*, ob. cit. p. 56.
13. Idem, cf. p. 58.
14. Véase Idem, cf. p. 61.
15. Idem, ibidem, p. 58.